

Ramón López Velarde: la realidad de lo imaginario

Jesús Ugarte Vázquez

*Este ensayo obtuvo el primer lugar en la categoría Licenciatura en el Certamen de Ensayo Juvenil «Ramón López Velarde» 2021 y fue publicado en el número V de la revista Redoma de la Unidad Académica de Letras.

Parte 2 de 2



La delgada línea entre lo real y lo fantástico, que de pronto se exalta en las obras literarias, no podría ser plasmada si no se le reconociera desde el horizonte cotidiano. Así lo entendieron escritores como Juan Rulfo, que tomaron de las formas costumbristas las voces que darían forma a personajes inmersos en sus propias vacilaciones. Y es que, al final del día, las supersticiones son eso: vacilaciones alteradas por la fragilidad del hombre ante la realidad, una que muchas veces resulta insatisfactoria si se le coarta la posibilidad de explorar nuevos rumbos.

Julio Cortázar, un defensor y creyente de lo fantástico, es otro escritor al que las circunstancias personales lo convirtieron, desde muy temprana edad, en un personaje cercano al pensamiento mágico o, como él decía, al sentimiento de lo fantástico. Su literatura no conoce diferencias entre una extraña eventualidad y una situación perfectamente posible. Las excepciones se encuentran en hechos inusitados como una muerte misteriosa a la que no solo se puede aceptar, sino que también se le comprende como una consecuencia natural. En muchas de sus entrevistas y conferencias para universidades, relata eventos que podrían pasar como imposibilidades absurdas pero que para el autor de Rayuela no tienen mayor misterio que el de cualquier momento ordinario. De esta forma, las líneas que pueden existir como modelo de representación de lo real se trastocan, se yuxtaponen y a veces, incluso, desaparecen sin dejar ya algún camino por el que sea posible transitar hacia una explicación cercana. Al igual que López Velarde, el argentino tiende a jugar con estas relaciones imaginarias, desde las cuales tiene un mayor contacto consigo mismo y sus extrañas coincidencias.

Me di cuenta de que yo vivía sin haberlo sabido en una familiaridad total con lo fantástico porque me parecía tan aceptable, posible y real como el hecho de tomar una sopa a las ocho de la noche.¹

Las dos vidas del poeta, como sugiere Xavier Villaurrutia en su prólogo de *El león y la virgen*, son también los dos mundos que fluctúan entre primeras impresiones y posibilidades interpretativas, entre realidades parciales y eventos maravillosos.² Así como había

una pugna interna en la que «cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio»³ se encontraban, también había una confrontación constante de realidades que abonaban a su producción literaria. Era inadmisibles para él concebir el arte de otra manera, sobre todo porque el ejercicio que implica evocar las maneras imperfectas del alma, de lo más íntimo de nosotros, no pueden ser encasilladas en explicaciones absolutas.

En una crítica a Celedonio Junco de la Vega, quien fuera miembro de la Académica Mexicana de la Lengua, el jerezano dice lo siguiente:

Vuelven insalubre el ambiente los preceptistas enfatuados y los dómines con ínfulas académicas cuyo cerebro concibe el arte como un testamento de rigideces geométricas. Para los tales, un tratado de estética se confunde con un manual de paleontología.⁴

El gran amor no correspondido de López Velarde fluc túa entre una realidad dolorosa y un imaginario evocativo. Fuensanta es la mujer imaginaria, la personificación de sus letras que existen de una lamentable realidad. De ese dolor fecundo nace la mujer idílica de Ramón, a la que va dándole forma hasta hacerla evidente. En este sentido podemos decir que se crea otra mujer a partir de Josefa de los Ríos, a quien sentimos cercana no por una descripción pormenorizada sino por la asociación emocional con él. Queda claro que esto no sería posible de haber una situación distinta, es decir, que Ramón triunfara en el amor y fuera finalmente correspondido. José Emilio Pacheco llama a esto la «posesión por pérdida».⁵ Se trata de una posesión porque de lo que se apropia el poeta no es de la persona, su forma física, sino del imaginario construido a partir de la figura amada; de esta manera, al perder a la mujer real se gana a la imaginaria. Es por esto que, a la muerte de Josefa, le siguen poemas que revitalizan su presencia espectral. Esta misma situación la podemos relacionar con los lugares que el jerezano elige como escenarios de su poesía. Su lugar de origen es retratado de manera nostálgica en el poema «El retorno maléfico», aunque

co, 1993, 3ª. edición, p. X. <https://fdrlv.colsan.edu.mx/wp-content/uploads/2020/04/1993_elleonylavirgenC.pdf>.

3 Ibidem, p. XI.

4 «Reseñas bibliográficas», en Ramón López Velarde, Obras, op. cit., p. 507.

5 José Emilio Pacheco, Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil, Marco Antonio Campos (selección y epílogo), Era, México, 2018, pp. 15-16.

ya no es posible reconocer a esa región de su niñez, que a su vez es solo la interpretación de ese espacio a través de sus emociones. La «suave Patria» también es algo que se está perdiendo. Lo que existía como aspecto ineludible a los ojos del poeta se siente de pronto lejano y frágil. De lo que se escribe es de lo que se está perdiendo o, mejor dicho, de lo que está terminando. Una nueva etapa transforma la infancia de Ramón en una aparente incertidumbre. Pero existe la intención de recuperar algo de lo que se aleja, como si haciendo este acercamiento se pudiera evitar el paso firme del tiempo.

Muchos artistas dentro y fuera del país concibieron las particularidades de su generación como una oportunidad de cambio. Tablada y Vasconcelos veían en los países orientales una nueva perspectiva espiritual y filosófica. Fernando Pessoa, otro defensor de las subjetividades, promovía, al igual que el jerezano, una argumentación sólida sobre los impedimentos de una vida inmersa en la rigidez del cientificismo. Mencionaba, por ejemplo, la imposibilidad de llegar a una meticulosidad tan exacta en los procesos de observación científica, toda vez que era el mismo hombre quien, después de obtener resultados a través de complejos aparatos, tenía la responsabilidad de interpretarlos y hacer algo de ellos.

La investigación por medio de aparatos parece, a primera vista, ofrecer un proceso seguro, o por lo menos más seguro que cualquier otro, para alcanzar la objetividad. Pero no es así. Estos aparatos, tras haber sido fabricados por nosotros, es decir, bajo la acción constructiva de impresiones nuestras, tienen, además, que ser leídos por nosotros.⁶

Sería una equivocación entender al jerezano como un desertor del desarrollo moderno. Lo correcto es entenderlo como un sentimental que, desde su plena autopercepción, contribuye al ejercicio de la introspección sin caer en el error de anteponer ciertas virtudes. Se puede decir entonces que la de Ramón es una motivación que parte de la idea de darle a cada hombre la posibilidad de contribuir, bajo sus propios criterios, a las opiniones de carácter público. La creencia de que existe un solo camino por el que se debe regir el individuo para llegar a la verdad no es para él sino un absurdo. Es bien sabida la relación de López Velarde con la provincia, con sus recorridos incansables por Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas, que resultaron ser un elemento esencial para su obra y en el destino particular de sus amores. La Ciudad de México, lugar de acontecimientos importantes para el poeta, estaba inmersa en una congestión de eventos apresurados y la provincia aún guardaba ese aire de misterio, de voces que invocaban con la mayor seguridad un conocimiento que distaba de los últimos descubrimientos científicos pero que, aun así, formaban parte de su realidad. De esa tierra alejada del epicentro de grandes innovaciones, de ecos nostálgicos que abrazaban la memoria, surgieron los mejores versos del siglo XX.

La patria íntima es también la patria que acepta dos realidades. La que reconoce desde la individualidad a sus ciudadanos y no asume posturas que socaven sus percepciones. De esta forma, «La suave Patria» se convierte no solo en una visión sublime y nostálgica de nuestra tierra, sino también en una invitación para descubrir en nosotros una realidad que emerge desde lo más profundo del ser.

6 Fernando Pessoa, Obras em Prosa, Cleonice Berardinelli (compilador), Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1982, p. 560.

Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa [...] hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal.⁷

De esa individualidad tan idealizada nacería su característica imagen de poeta nacional, una que, al pasar los años, se le ha querido interpretar lejos de sus motivaciones más íntimas. La pura asociación que en ocasiones se le da al jerezano con la de un poeta cívico limita enormemente el panorama que sobre sus poemas se extiende, y no permite descubrir a un autor que va más allá de sencillas lecturas.

El misterio que encierran los pasos de López Velarde no solamente queda evidenciado por las extrañas coincidencias que podemos encontrar en algunos detalles de su obra, que parecieran atravesar de forma casi premonitrice los eventos que sucederían al momento de su muerte. También su propia vida, es decir, su existencia fuera de las letras, es una constante interrogante que, hasta la fecha, solo permite ciertas aproximaciones.

Si bien la idea fatídica de la muerte del poeta puede resultar seductora por su esencia mítica, resulta al mismo tiempo coherente con su forma de concebir la vida, bajo el prisma de un mundo imaginario. Esto significa que el fallecimiento de Ramón López Velarde y todo el mito que cobija sus últimas horas no puede ser justificado de una forma totalmente racional. Las intenciones documentales que se han propuesto aclarar objetivamente sus pasos han caído en la inevitable situación de una imposibilidad irremediable. Los testimonios resultan increíbles y la gitana vuelve a aparecer como pieza fundamental de una madrugada trágica, de una premonición extraordinaria.

Pensar en que cada versión de los hechos puede ser cierta es quizá la mejor manera de remediar el maremoto de ideas que giran en torno al poeta. Es mejor creer en su posibilidad, en que las historias son pensadas así, porque son verosímiles. Que para cada hombre fantástico puede acontecer una muerte fantástica.

Fuentes

Cortázar, Julio, Clases de literatura. Berkeley, 1980, Alfaguara, México, 2013.

González, Jesús B., «Cómo murió López Velarde», en Revista de Revistas, 21 de junio de 1936.

López Velarde, Ramón, Obras, José Luis Martínez (compilador), Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Pacheco, José Emilio, Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil, Marco Antonio Campos (selección y epílogo), Era, México, 2018.

Paz, Octavio, El camino de la pasión: Ramón López Velarde, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Pessoa, Fernando, Obras em Prosa, Cleonice Berardinelli (compilador), Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1982.

Villaurrutia, Xavier, «La poesía de Ramón López Velarde», en Ramón López Velarde, El león y la virgen, Xavier Villaurrutia (selección y prólogo), UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 40, México, 1993, 3ª. edición, pp.IX-XXVI. <https://fdrlv.colsan.edu.mx/wp-content/uploads/2020/04/1993_elleonylavirgenC.pdf>.

7 Ramón López Velarde, «Novedad de la Patria», en Ibidem, pp. 282-283.